

70. Y los prelados vigilen á fin de que los judíos convertidos no conserven ritos judiácos.

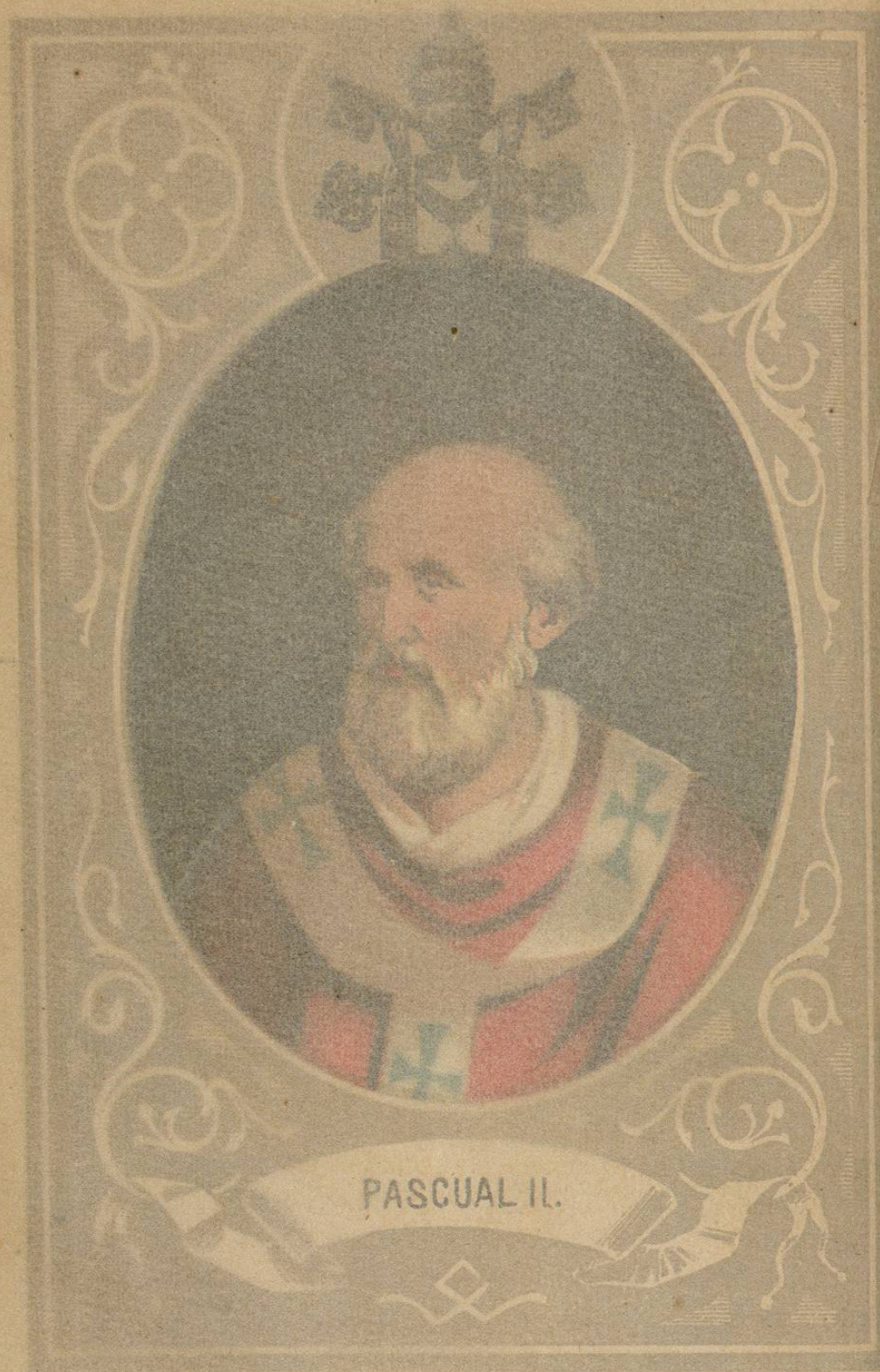
## IV.

Habiéndonos desembarazado ya de la tarea de referir los notables sucesos que tuvieron lugar en la primera cruzada y las importantes decisiones acordadas en los concilios generales de la época que nos ocupa, reanudemos, hasta terminarla, la historia de los hechos propios de los pontífices que dignísimamente reinaron durante aquella. Terminado en diez días el concilio de Clermont, en el cual se acordó la primera cruzada, Urbano II, partió para Limoges en 30 noviembre de 1095 y celebrando en esta ciudad un nuevo concilio, depuso de su sede á un obispo acusado de varios delitos; fuese á Tours, celebró otro concilio y desde allí, dió á Folcon, conde de Anjou, la rosa de oro que llevaba en la mano en una procesion, el cuarto domingo de cuaresma, siendo esta, dice el Sr. Moreno, la primera vez en que el Papa ofreció la rosa de oro, la que continuó enviándose á los piadosos personajes de alto nacimiento ó á los que habian alcanzado grandes victorias en beneficio de la iglesia, y en otras mil circunstancias, de las que tendremos ocasion de hablar. En un concilio de Nimes, absolvió el papa Urbano al rey Felipe, volvió á Roma con general júbilo en 1097, celebró dos nuevos concilios, uno en Bari y otro en Roma en 1099 y falleció el 29 de julio de dicho año, siendo sepultado en el Laterano ó en el Vaticano. Algunos martirologios le titulan beato, segun hace observar Lambertini. Catorce dias antes de su muerte, los cruzados entraron triunfantes en Jerusalem; así, pues, las cartas en que se le participaba tan glorioso suceso que dió al Tasso argumento para un gran poema, fueron recibidas ya por su sucesor, el cardenal Ranieri de Bleda ó Bieda, punto de la Tuscia romana, el cual habia tomado el nombre de Pascual II.

Pascual II, fué entronizado contra su voluntad el dia 13 de Agosto de 1099.

Artaud de Montor al hablar de este Pontífice, se detiene en discurrir sobre las Cruzadas.

Vamos á reproducir su narracion, que es del modo siguiente:



»La idea de las cruzadas habia sido fomentada por Gregorio VII, y ya mucho antes, Gregorio III excitaba á Carlos Martel á arrojar á los sarracenos de Francia; aquel grande hombre, al seguir sus consejos, habia servido su propia causa y fundado el poder que debian ejercer su hijo Pepino y su nieto Carlo-Magno, cuando Gregorio VII pensó que si se habia considerado útil reunir todos los esfuerzos de la guerra para vencer á Abderraman, invasor de la Francia, seria sin duda mas político y oportuno atacar á los infieles en sus propias provincias. Los peregrinos que volvian de aquellas regiones referian los sufrimientos de los pocos cristianos que no habian abandonado la Palestina; el Santo Sepulcro era profanado; algunas voces piadosas eleváronse en Francia; hablóse de una peregrinacion armada, y por último juntáronse gran número de peregrinos para marchar reunidos, y con bélico aparato.»

Para conocer á fondo las facies de esta primera empresa, léase la *Historia de las cruzadas* de M. Michaud; y como sobradas veces se ha hablado con pasion y cólera de aquellas expediciones, copia mos algunas reflexiones consignadas en la *Italia*, pág. 75.

»Si se consideran las cruzadas bajo el aspecto político, puede decirse que en aquella época debia precisamente suceder, ó que los sarracenos volverian á Francia y á Italia, ó que los pueblos occidentales les atacarian en Asia. Cuando ha trascurrido un gran espacio de tiempo, condénanse empresas cuya causa se ignora, y porque serian en el dia intempestivas, se cree que tambien lo fueron en la época en que se realizaron. Sin embargo, el camino de Poitiers y de Tours, era conocido de los sarracenos; y estos habian cubierto la Francia de sangre y de luto, y saqueado las iglesias de San Pedro y de San Pablo. Además, téngase en cuenta que las consecuencias de las Cruzadas fueron en todas partes la emancipacion de muchas municipalidades, y la importacion preciosa de varias instituciones y costumbres que se propagaron por todo el Occidente y especialmente por la Italia, la que se convirtió en otro Oriente, sin contar que á ellas debemos la seguridad en que estamos, de que los mahometanos no vendrán, por mucho tiempo al menos, á destruir nuestra civilizacion. Si luego quisieron atacarnos por Viena, la invencible espada de Sobiesky en 1682, les inspiró un sentimiento de terror que conservan aun por haberles recorda-

do el príncipe Eugenio de Saboya nuestra superioridad militar en la batalla de Peterswaradin en 1716. Tiempo despues conocieron en Egipto nuestros batallones cuadrados.»

¿Pero á qué aspiran los cruzados del siglo undécimo? A libertar Jerusalem y á restaurar el Santo Sepulcro.

¡Jerusalen! ¡nombre glorioso que jamás será harto celebrado en una historia de los pontífices romanos! Hablemos pues de Jerusalem y de Godofredo de Bouillon, duque de Lorena, el cual despues de servir con valor al rey de Germania Enrique IV, cuyos excesos tanto nos han afligido, debia combatir por una causa mejor. Urbano II habia manifestado el deseo de que Godofredo fuese uno de los primeros jefes que mandasen el ejército que marchaba á Palestina.

El solo recuerdo de la Palestina engendra en todos los corazones elevadas y santas emociones; Jerusalem fué la primera cathedra de los apóstoles, y en la religion de Nuestro Señor buscó Mahoma sus inspiraciones, mezclando así el oro y el oropel. El mundo iba á ser testigo del gran combate trabado entre la verdad y la impostura.

Jerusalen, capital de la Palestina, se halla situada en los 31° 47' de latitud N., y á los 33° de longitud E, en el punto mas culminante de las montañas de la Judea, en los antiguos límites de Benjamin y de Judá. La montaña en que se levanta la ciudad de David, desciende en pendiente hacia el Norte, y está rodeada, al Oeste y al medio dia de profundos barrancos: la ciudad no puede ser divisada á lo lejos. El principal edificio de la antigua Jerusalem era el templo construido por Salomon en el monte Moria, reedificado por Zorobabel y magníficamente restaurado por Herodes.

No será ocioso recordar los principales acontecimientos de que fué teatro la ciudad inmortal.

«En tiempo de Amasías, rey de Judá, fué saqueada por Joas, rey de Israel; en tiempo de Ezequías fué sitiada en vano por los asirios, y ciento treinta años despues, los caldeos, mandados por Nabucodonosor, la destruyeron hasta sus cimientos; reconstruida junto con el templo, en virtud del permiso concedido por Ciro, la caída del imperio de los Persas la sumió en nuevas calamidades.

»Jerusalen se rindió á Alejandro, el cual la trató con grande magnanimidad.

»Después de muerto Alejandro, fué tomada por el rey de Egipto Ptolomeo, hijo de Lago; Antioco Epifanio, rey de Siria, la saqueó ciento sesenta años antes de la era cristiana, y profanó el templo colocando en él la estatua de Júpiter Olímpico. La ciudad gozó de algunos años de paz bajo los príncipes Macabeos, hasta que Pompeyo entró victorioso en Jerusalem el año 63 antes de Jesucristo, siendo, pasado algún tiempo, saqueado el templo por Craso.

»Herodes embelleció Jerusalem con magníficos edificios, mas en breve la Judea se convirtió en provincia romana, y una rebelion de los judíos fué causa de la guerra que terminó con la sumision de la capital.

»Conquistada la ciudad por Tito en el año 71 de la era cristiana, fué enteramente destruida, y las pocas torres y edificios que Tito habia dejado en pié, fueron arrasados por orden del emperador Elio Adriano. A consecuencia de una nueva rebelion de los judíos (año 136), Adriano quiso aniquilar hasta el nombre de Jerusalem, y mandó construir en el lugar que ocupaba una nueva ciudad, á la que dió el nombre de *Aelia Capitolina* en honor de Júpiter Capitolino, cuya entrada fué prohibida á todos los judíos bajo pena de muerte.

»Cuando el cristianismo se sentó en el trono de los Césares, Jerusalem vió elevarse en vez de los templos gentiles, gran número de monumentos cristianos, en los mismos sitios que presenciaron la vida y muerte de Jesucristo.

»En el año 615, la ciudad fué conquistada por Cosroes rey de Persia; el emperador Heraclio la recobró en 627, mas en 636 vió penetrar en sus muros innumerables hordas de árabes, mandados por el Califa Omar, cayendo luego sucesivamente en poder de los sultanes persas, de los Fatimitas de Egipto y de los Seldjiukides.

»Así Jerusalem habia visto en sus colinas á David, á Salomon, á Joas, á Nabucodonosor, á Alejandro, á Ptolomeo, hijo de Lago, á Antioco Epifanio, á Pompeyo, á Craso, á Tito, á Adriano, á Constantino, á Cosroes, á Heraclio y al califa Omar debiendo ser ahora atacada por el ejército de Godofredo de Bouillon.»

Los cristianos delante de los cuales era llevada la lanza que atravesara el costado de Jesucristo, hallada durante el sitio de la ciudad de Antioquía, se precipitaron con valor al asalto, siendo

recibidos por los musulmanes con no menos tenaz resolucion; el sitio duró cinco semanas, y por fin la ciudad fué tomada por asalto: «la matanza fué horrible; todo nadaba en sangre, y los vencedores fatigados de la carnicería, se sentian ellos mismos horrorizados » Michaud dice (tomo I, pág. 443, 5.<sup>a</sup> edic.) que segun un escritor cristiano, testigo ocular, bajo el pórtico y peristilo de la mezquita de Omar, la sangre se elevaba hasta las rodillas, y hasta el freno de los caballos.» Godofredo, cuya piedad igualaba al valor, se indignó sin duda alguna á la vista de tan inexorable furor, y pensando únicamente en satisfacer su devocion, despojóse de su coraza, vistióse de lana, dió la vuelta á la ciudad con los piés desnudos, y se dirigió á visitar el Santo Sepulcro, no habiendo sido recibido por el patriarca de Jerusalem, pues, segun la costumbre oriental, se encontraba en aquel entonces en Chipre, pidiendo limosnas para la reparacion de las Iglesias. Apenas Godofredo se presentó delante del Santo Sepulcro, cuando esparcióse el rumor entre los soldados, de que el general habia llorado al presenciar tan obstinado saqueo, y al momento. *¡Oh, exhortacion sublime,* mas eficaz que la de los clarines para volver á la senda del deber á un ejército cristiano! la matanza cesó, y aquella noche y la siguiente pudo todo el ejército postrarse y adorar los santos lugares.

Ocho dias después de la conquista, los señores cruzados, eligieron á Godofredo, rey de la ciudad y del país. «Este príncipe rehusó las insignias reales, diciendo que no convenia ostentar una corona de oro allí mismo donde Jesucristo la habia llevado de espinas, y negándose á admitir el título de *rey*, se contentó con el de *duque* y *advocatus* del Santo Sepulcro.....» Por desgracia, Godofredo solo conservó su autoridad un año, durante el cual se dedicó á establecer prudentes leyes, que rigieron por espacio de ochenta y ocho años, el territorio que, á pesar de la modestia del vencedor, recibió el nombre de reino de Jerusalem.

El pontificado de Pascual fué feliz hasta el año 1101; mas desde aquel momento el infortunado papa solo conoció penas y tormentos, llevando una vida que puede calificarse de continuado martirio. El rey de Germania, Enrique IV, coronado entonces emperador por un intruso, suscitó tres antipapas contra Pascual; pero éste sufrió sus trabajos con un valor enteramente apostólico.

Muerto Enrique IV, podia creerse que su sucesor seria tambien enemigo de la Iglesia, pues no tocaba aun á su término la cuestion de las investiduras, y Pascual se retiró á Francia, para implorar la proteccion del rey Felipe, vuelto ya á la comunión católica. Este papa reunió varios concilios, en los que dió muchos decretos relativos á las investiduras y á los simoníacos.

En las conferencias de Chalons, el arzobispo de Tréveris, hablando en nombre de Enrique V, defendió el derecho que, segun él, competia al emperador para conferir las investiduras por medio del báculo y del anillo, contestando á su discurso el obispo de Plasencia, representante del Papa, con estas palabras: «La Iglesia, rescatada por la preciosa sangre de Jesucristo, no debe despues de haber sido libertada, volver otra vez á la servidumbre, y seria esclava del príncipe si no pudiese elegir un prelado, sin consultarlo préviamente con el Emperador. La investidura por el báculo y el anillo, pertenecientes al altar, dada por el príncipe, es un atentado contra Dios, y los prelados faltarian á su unción, sometiendo sus manos, consagradas por el cuerpo y la sangre de Jesucristo, á las manos de un lego, ensangrentadas por la espada.» (Fleury, IV, 405.)

En 1108, Su Santidad salió de Francia para volver á Roma, y renovó en un concilio, celebrado en Benevento, los decretos relativos á las investiduras.

Enrique V, sucesor del rey Enrique IV, se dirigió á Roma para ser, decia, coronado emperador; mas Pascual se negó á acceder á su demanda, si el príncipe no desistia antes de la pretension condenada por el papa Gregorio VII, es decir de su pretendido derecho de conferir los beneficios eclesiásticos, pidiendo el papa al mismo tiempo que antes de la coronacion confirmase el príncipe las donaciones hechas á la Santa Sede.

Al oír esto, abandonóse Enrique á una irreflexiva cólera, y madó encerrar en dura cárcel al Papa, á varios cardenales y á muchos nobles adictos á la Santa Sede, sin que ningun obispo alemán intercediese cerca del rey, excepto Conrado, arzobispo de Salzburgo.

Despues de cincuenta y cinco dias de cruel prision, es decir, desde el 12 de Febrero al 9 de Abril de 1111, el Papa, que se hallaba resuelto á sufrirlo todo, experimentó un sentimiento de com-

pasion por sus compañeros de infortunio, y deseoso de poner fin á sus penas, permitió que Enrique pudiese, sin violencia ni simonia, conferir las investiduras á los obispos y abades de su reino por medio del báculo y del anillo, con tal de que la eleccion fuese libre, y de que la posesion fuese concedida sin ninguna simonia. Semejante concesion ha atraído á Pascual vivas acusaciones, á las que Baronio contesta lo siguiente: «No existe la menor herejia en hacer la concesion *reservada*, consentida por Pascual; pero sí en sostener lo que no dijo nunca Pascual, que es de derecho el que los legados deban dar las investiduras, con lo cual se introduciria en la Iglesia un falso dogma, contrario á los usos reconocidos, á las instituciones sagradas de los Santos Padres y á la opinion de muchos autores piadosos, que han salido á la defensa de Pascual.» Satisfecho Enrique con tal concesion, que solo le constituia en un *apoderado*, volvió á Roma con Su Santidad, y fué coronado Emperador.

Pascual, arrepentido de su condescendencia, quiso abdicar el pontificado, mas no pudo realizar su idea.

En un concilio convocado en San Juan de Letran en 1116, Pascual renovó el decreto de Gregorio VII contra los seculares que confriesen, y los eclesiásticos que aceptasen las investiduras; al saberlo Enrique se dirigió á Roma y el Papa se retiró á Albano y desde allí á Monte Casino, refugio propicio á los pontífices benedictinos; en seguida partió para Benevento donde esperaba encontrarse en seguridad habiéndole ofrecido un asilo los normandos, fieles feudatarios en aquel tiempo de la Santa Sede.

Entónces se renovaron las acusaciones contra Pascual, quien se decia, habria debido sufrir la muerte antes que conceder semejante privilegio al poder secular, mientras que otros teólogos, despues de leer atentamente las rigurosas condiciones impuestas por el Papa, defendian con calor su causa, debiendo recordar que Pascual fué el juez mas severo de sí mismo, pues arrepentido de lo que llamaba su debilidad la condenó y se sometió á una austera penitencia.

El pontífice cuya historia escribimos, aprobó la orden de Fontevrault, fundada por Roberto de Arbrisel, el cual la sometió á la regla de San Benito.

Los triunfos de los cruzados permitieron á Pascual establecer un obispado en Bethleem.

En 1115 erigió en arzobispado el obispado de Bourges, fundado en el siglo tercero, y cuyo primer obispo habia sido San Ursino; éste tuvo por sucesores á diez y ocho santos.

En 1117 Pascual abandonó de nuevo su capital, temiendo la violencia del Emperador Enrique, y desde Benevento se dirigió á Anagni, donde cayó enfermo; restablecido, pudo volver á Roma, mas despues de celebrar las fiestas de Navidad enfermó otra vez y murió durante la noche del 21 de Enero de 1118 siendo enterrado en la basílica de San Juan de Letran.

Pascual gobernó la Iglesia por espacio de diez y ocho años, cinco meses y ocho dias.

La Santa Sede vacó durante tres dias.

Durante este pontificado hubo tres antipapas; Alberto, Teodorico y Maingualfo; Alberto cardenal diácono, fué nombrado en reemplazo de Clemente III, mas el mismo dia de su eleccion fué preso y encerrado en el monasterio de Aversa.

Teodorico despues de cinco dias de pretendido pontificado, fué enviado al monasterio de la Trinidad de la Cava.

Maingualfo, abad de Tarifa en 1102, tomó el nombre de Silvestre III; mas obligado á huir de Roma, cayó en una espantosa miseria y murió desterrado y á lo que parece arrepentido.

En la obra de Fleury se hallará todo lo relativo á San Anselmo, arzobispo de Cantorbery y sus disidencias con los reyes de Inglaterra, con motivo de la cuestion de las investiduras, en la que el arzobispo sostenia la doctrina pontificia; Fleury da tambien la lista de las obras así dogmáticas como morales del célebre santo inglés, habiendo sido tambien escrita la vida del arzobispo por el monje Edmer, su discípulo y su inseparable compañero.

A fines del pontificado de Pascual, hablábase ya de la oportunidad de un concilio general para remediar los males de la Iglesia, que debia ser el noveno concilio ecuménico, pues conta banse el de Nicea, el primero de Constantinopla, el de Efeso, el de Calcedonia y finalmente los quinto, sexto, séptimo y octavo, celebrados en Constantinopla. La política romana, previsorá y mas segura de su fuerza, deseaba entonces que el concilio gene-